

tros que no damos importancia mas que á las miserias de nuestra vida; pero entonces eran negocios muy graves. Roma tomaba parte en ellos, y lo mismo el gran consejo del rey. Precisado á entrar en aquellas transacciones generales, Rancé tenia que tomar parte en los accidentes domésticos: administraba sus primeros solitarios, que al principio se morian casi todos. Hallándose fray Plácido tendido en su último lecho, Rancé le preguntó á dónde queria ir: «Al encuentro de los bienaventurados» respondió.

Administrado fray Bernardo, no bien hubo recibido el cuerpo de Nuestro Señor, sintió una vehemente necesidad de escupir, contúvose, y murió ahogado por el pan de los ángeles.

Claudio Cordon, doctor de la Sorbona, recibió el llegar á la abadía el nombre de Arsenio, nombre que ha legado á ser famoso en las nuevas leyendas. Arsenio, despues de su muerte, se apareció en una gloria al trapense Pablo Ferrand y le dijo: «¡Si supiérais lo que es conversar con los Santos!» y desapareció.

La abadía de Dorval quiso reformarse, y para este objeto convino el abad en tener una entrevista con Rancé, que al instante se puso en camino, y encontró á aquel en Chatillon, triste lugar donde no se realizan las esperanzas. De allí pasó á Commercy, donde volvió á ver al cardenal de Retz, á quien apartó de la aparente idea que tenia de retirarse á la Trapa. M. Dumont, autor de la historia de la ciudad de Commercy, ha tenido la bondad de enviarme una carta de Rancé al cardenal de Retz. «Si vuestra eminencia, dice el abad de la Trapa, creyese que en el mundo hay alguna persona de quien se ocupe mi corazon mas que en ella, no me haria justicia.» Véase á donde puede conducir la misma piedad la deferencia á las categorías. Despues de su salida, Rancé se dió prisa á replegarse y á retirarse del mundo á su patrulla. De vuelta de la Trapa, admitió á profesion á fray Pacomio: de quien se refiere que jamás abria un libro, pero que sobresalia en la humanidad. Encargado del cuidado de los pobres, nunca entraba en la despensa del pan sin descalzarse, como Moisés para entrar en la tierra de promision. Pacomio atrajo á sí á uno de sus hermanos, y ambos vivieron bajo el mismo techo sin darse la menor señal de haberse anteriormente conocido.

Rancé envió á Septfont un religioso que llegó á malearse. «Me he equivocado, escribia Rancé al visitador, y de ello haré penitencia toda mi vida.»

La mayor parte de los arrepentidos del siglo XVI y de principios del XVII, habian sido bandidos, desertores de los ejércitos: unos se retiraban á Port-Royal, y otros á la Trapa, todos á una soledad vengadora que debia devorarlos. Una sociedad tan llena de crímenes, se llenó de penitentes, como en tiempo de la Tebaida.

Desde la reforma hasta la muerte de Rancé, se cuentan ciento noventa y siete religiosos y cuarenta y un hermanos, entre los cuales hay muchos, cuyas vidas ha escrito Rancé, y que pueden figurar en las novelas del cielo. Véanse sus nombres en la *Historia de la Abadía de la Trapa*, excelente coleccion donde todo se halla referido con minuciosa exactitud: es obra que recomiendo con tanto mas empeño, cuanto he encontrado en ella algunas palabras de censura contra mí, que sin embargo no creia yo haber merecido...

La Trapa no era un lugar risueño; el terreno que la rodeaba ofrecia un aspecto lleno de desolacion, y la aspereza de sus costumbres parecia reproducirse en la aspereza del pais; pero la Trapa se conservó ortodoxa, y Port-Royal fue invadido por la libertad del entendimiento humano. El terrible Pascal con su espíritu geométrico, dudaba sin cesar, y no salió de su desgracia sino precipitándose en la fe. A pesar del silencio que guardaba la Trapa, se trato de destruirla, tal

era el terror que inspiraba al mundo. La habilidad de Rancé la libertó de su ruina: Port-Royal fue menos feliz.

Habiendo salido de París en la noche del 27 de octubre de 1709, d'Argenson sitió á Port-Royal de los Campos, con trescientos hombres, número excesivo en verdad para arrebatarse á veinte y dos religiosas ancianas y enfermas. Dispensáronlas por diferentes lugares, y alguna vez se rehusó la sepultura á aquellas ovejas apartadas del rebaño de la madre Angélica.

En fin, llegó la órden para la demolicion del convento el 25 de enero de 1710, diez años despues de la muerte de Rancé, órden que se ejecutó con furor, segun el testimonio de Duclos. Los cadáveres se desenterraban entre obscenas bromas, mientras que en la iglesia los perros se hartaban de carne descompuesta. La casa de M. de Sainte Marthe se convirtió en una granja; los ganados pacen en el solar de la iglesia de Port-Royal de los Campos. «La clemátida, la hiedra y los espinos, dice un viajero, crecen entre estas ruinas, y un sauce eleva su tronco en medio del recinto donde estuvo el coro: apenas interrumpen el silencio los arrullos de la paloma torcaz. Aquí Sacy venia á repetir á Dios la oracion que tomó de Fulgencio; allí Nicole excitó á Arnauld á dejar la pluma; en esta apartada alameda me verá Pascal que desenvuelve una nueva prueba de la divinidad del cristianismo; mas adelante, con Tillemont y Lancelot, se pasean Racine, La Bruyere y Boileau que han venido á visitar á sus amigos. ¡Ecos de estos desiertos, árboles antiguos, ojalá hubiérais podido conservar las pláticas de aquellos hombres célebres!»

¿Y cuál es el cristiano convencido, el genio poético que se dirige á estos ilustres desaparecidos como algun día en Esparta llamé yo en vano á Leonidas? ¿Quién es? El antiguo obispo de Blois, el juez de Luis XVI.

Luis el Grande, habeis enseñado á vuestro pueblo las exhumaciones; acostumbrado á obedeceros, ha seguido vuestros ejemplos: en el instante mismo en que caia la cabeza de María Antonieta en la plaza de la Revolucion, el pueblo hace pedazos las sepulturas en San Dionisio: al borde de una sepultura abierta, Luis XIV, todo ennegrecido, á quien se reconocia por sus abultadas facciones, aguardaba su última destruccion; ¡represalias de la justicia eterna! «Decid, pueblo real de fantasmas (me cito á mí mismo, ya no soy mas que el tiempo) ¿querriais resucitar á precio de una corona? ¿Os tienta el trono todavía? Meneais las cabezas y os volveis á recostar lentamente en vuestras tumbas.»

Rancé habia trasportado consigo al desierto lo pasado, y á él atrajo el presente y el porvenir. El siglo de Luis XIV no desatendia ninguna grandeza; antes bien se asociaba á las victorias de un recluso como á las de un capitán. Las contiendas del jansenismo, las misticidades del quietismo, ocupaban á la ciudad y á la corte desde Bossuet y Fenelon, hasta las señoras de Maintenon y de Longueville; desde el cardenal de Noailles, hasta los mariscales amigos ó enemigos de Port-Royal; desde los adversarios del protestantismo hasta los herejes mas obstinados. Por Rancé, el siglo XIV entró en la soledad, y la soledad se estableció en el seno del mundo.

En estos primeros años del retiro de Rancé, poco se oyó hablar del monasterio; pero insensiblemente se extendió su fama. Advirtieron los hombres que venian perfumes de una tierra desconocida y volvieron el rostro para respirarlos hácia las regiones de aquella Arabia Feliz. Atraído por los efluvios celestes, el mundo siguió su corriente: la isla de Cuba se revela por el olor de la vainilla en las costas de las Floridas. «Estábamos, dice Leguat, en presencia de la isla de Eden: el aire estaba lleno de un delicioso olor que

venia de la isla, y se exhalaba de los naranjos y los limoneros» (1).

LIBRO III.

Las calumnias publicadas contra el monasterio de la Trapa, por los libertinos que se burlaban de las austeridades, y por los envidiosos que sentian nacer otra inmortalidad para Rancé, empezaban á multiplicarse: incesantemente estaban sacando á plaza los primeros estravios de Rancé, y se obstinaban en no ver en su conversion otro móvil que la vanidad. Sus mayores amigos, como el abad de Prieres, visitador de la Orden, veian con terror las reformas de la Trapa; el último escribia á Rancé: «Tendreis muchos admiradores, pero pocos imitadores.»

Maubusson, abadía situada junto á Pontoise, fue edificada por la reina Blanca, cuya sepultura se veia aun en ella. Rancé escribió á la desanimada superiora de aquella abadía. Tambien escribia á otra mujer, porque todos los que sufrían consultaban á aquel sabio médico que habia ensayado los remedios en sí propio: «Si os asalta el tedio, pensad que Jesucristo os espera; toda vuestra carrera y su duracion no os parecerán mas que un vapor pasajero.»

El 7 de setiembre de 1672, presentó Rancé una solicitud al rey en favor de la reforma; en ella empieza por decir que los antiguos solitarios, cuyo nombre y hábito no merece llevar, no tuvieron dificultad en salir del fondo de sus desiertos por el servicio de Dios, y que á su ejemplo, creeria faltar al mas santo de sus deberes, callando; que desgraciadamente no va á hablar mas que para quejarse, y que el que le abria la boca no habia puesto en sus labios mas que palabras de dolor. Pasando de aquí á su argumento. habla de la Orden del Gister pronta á volver á caer en los peligros de que se ha escapado, por la falta de proteccion rehusada á la Estrecha Observancia establecida por Luis XIII. Mientras que los solitarios han vivido en la perfeccion; han sido considerados como ángeles tutelares de la monarquía; ellos han sostenido con el poder que tenian cerca de Dios, la fortuna del imperio: una santa religiosa vió en espíritu lo que pasaba en la jornada de Lepanto. «V. M. no estrañará, concluyó diciendo Rancé, que obligado por el deber de mi profesion á presentarme á cada instante al pie de los altares del rey del cielo, me llegue una vez en mi vida al trono del rey de la tierra.»

La corte de Roma se oponia á las reformas demasiado austeras de la Trapa, y Rancé anunciaba su habilidad despertando en el corazon de Luis XIV la pasion del poder.

En todos los rumores propagados, unos denunciaban á Rancé por su doctrina, sosteniendo que no era pura, otros le acusaban de hipocresia, y otros de introducir innovaciones en la Orden. El rey hácia fines de octubre de 1673, le concedió para juzgar la cuestion los comisarios que habia pedido, el arzobispo de París, el dean de Nuestra Señora y otros respetables sacerdotes.

Al mismo tiempo sus adversarios daban pasos en Roma contra él. «A un fraile, decia Rancé, no hay reputacion que le sea debida: no existe mas que para ser hombre de oprobio y de abyeccion.»

Estos sentimientos hostiles se popularizaban en versos que no tenian el mérito de los de nuestro gran cancionero, pero que ya indicaban la senda por donde debia llegar la Francia á una inmortalidad que á ella solo le pertenece.

Reunidos los comisarios nombrados por el gabinete, Rancé fue llamado á París en 1675. Todo lo habian arreglado ya conforme á las intenciones del Siervo de

(1) Viaje y aventuras de Francisco Leguat, página 4, tomo 1.º

Dios; pero un abad de la Comun Observancia, declaró que si se seguia el dictámen de los comisarios, los abades extranjeros no acudirian al Capítulo general del Cister, lo que bastó para que el rey se detuviese, pues un movimiento en el cerebro podia acarrear grandes trastornos. Luis XIV lo sabia y nadie igualaba en prudencia á aquel rey tan absoluto.

Rancé expurgó su biblioteca: respondió al obispo de Papiers y á M. Deslions que con ánimo de desalentarle, le decian que aun estaba lejos de las austeridades de los primeros cristianos: «verdad es que el pan de tur-a de que me hablais era muy de uso entre los frailes.»

En 1676, contrajo una enfermedad habitual de la que murió, pero que no le impidió trabajar. Despues de haber pasado tres meses en la enfermeria volvió á la comunidad: asi se deslizó su vida hasta el año de 1689 en que le sobrevino una recia calentura. Apenas le dejaba el mal algun respiro, volvía á sus ocupaciones seguidas de continuas recaídas: «La vida de un pecador como yo, es siempre demasiado dura», solia decir.»

Mademoiselle, cuya ardiente imaginacion estaba en todas partes, escribió á Rancé pidiéndole algunos religiosos: él respondió: «Estoy persuadido, señora, de que V. A. R. no duda del placer que tendria en poder nombrarle un religioso tal cual lo desea, pero he perdido de un año á esta parte ocho que se me ha llevado Dios. Otros están próximos á seguirlos; y aunque todavia somos muchos, no vivimos unos y otros mas que con la mira y el deseo de la muerte.»

En esta época murió un religioso que no tenia mas que veinte y tres años, y que en su atavío de difunto dijo á Rancé: «Grande alegría experimento al verme en el traje de mi partida;» y se sonreia cuando iba á morir, como los antiguos bárbaros. Se creia oír aquel pájaro sin nombre, que consueta al viajero en el valle de Cachemira.

Por entonces tambien acudieron á encerrarse ó á instruirse en la Trapa varias personas ilustres.

Bossuet, compañero de colegio de Rancé, y sitó á su discipulo y se levantó sobre la Trapa como el sol sobre una agreste selva. Ocho veces se trasportó á aquel nido el águila de Meaux. Estos diferentes vuelos se rozan con hechos cuya memoria se ha conservado.

En 1682, Luis XIV se estableció en Versalles. En 1685 Bossuet compuso en la Trapa la advertencia del catecismo de Meaux. En 1686 dió fin el orador á sus oraciones fúnebres, con la obra maestra que pronunció delante del ataúd del gran Condé. En 1696 se fue á Dios Sobieski, antiguo mosquetero de Luis el Grande. Sobieski entró en Viena por la brecha que habia abierto el cañon de los Turcos. Los Polacos salvaron á la Europa, que hoy deja exterminar á la Polonia. La historia no es mas agradecida que los hombres.

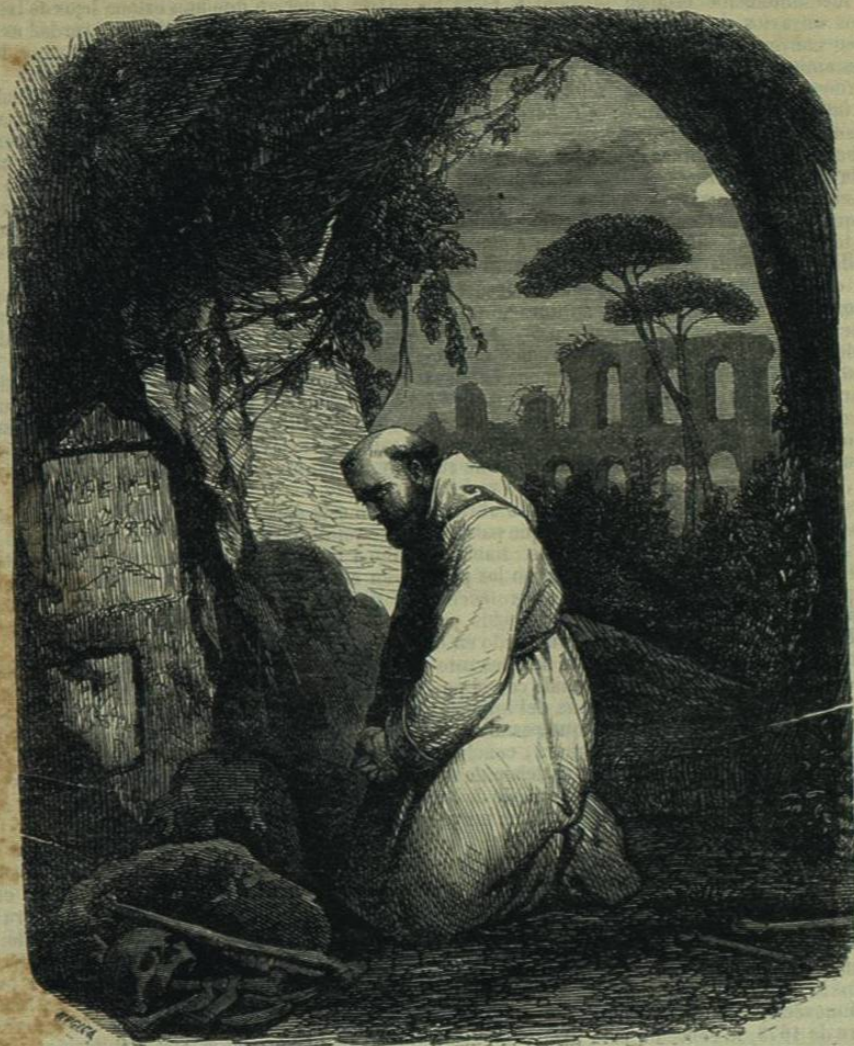
La Trapa era el sitio en que mas se complacia Bossuet; los hombres brillantes tienen inclinacion á los lugares oscuros. Familiarizado con el camino del Perche, Bossuet escribia á una religiosa enfermera: «Espero haceros una visita mas larga á mi vuelta de la Trapa,» —palabras que no tienen mas mérito que el de llevar al pie esta firma: *Bossuet*.

Dossuet hallaba un encanto particular en el modo como celebraban el oficio divino los compañeros de Rancé: «El canto de los Salmos, dice el abate Ledieu, único sonido que venia á turbar el silencio de aquella vasta soledad, las largas pausas de Completas, el dulce, tierno y penetrante acento del *Salve Regina* inspiraban al prelado un especie de melancolia religiosa.» En la Trapa me parecia en efecto, durante aquellos silencios, oír pasar el mundo con el soplo del viento: me acordaba de aquellas guarniciones perdi-

das en los confines del mundo y que hacen oír á los ecos acentos desconocidos, como para atraer á la patria: esas guarniciones mueren y el ruido acaba.

Bossuet asistía á los oficios del día y de la noche. Antes de Visperas, el obispo y el reformador tomaban el aire. Junto á la gruta de San Bernardo, me ense-

ñaron una calzada cubierta de matorrales que separaba en otro tiempo dos estanques,—y osé profanar con los pasos que me sirvieron para ir meditando en la composición de Renato, el dique donde Bossuet y Rancé departían sobre las cosas divinas: parecíame ver en la desnuda calzada destacarse las sombras



RANCÉ ORANDÓ A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS EN LA PUERTA DE LAS CATACUMBAS.

gemelas del mas grande de los oradores y del primero de los nuevos solitarios.

Bossuet recibió el Viático el lunes santo del año 1704; cuatro años hacia que ya no existía Rancé. Quejábase Bossuet de que le importunaba su memoria; su enfermero le sostenía la cabeza:—«Eso sería bueno, decía el obispo, si mi cabeza pudiera tenerse.»—En uno de aquellos momentos, el presbítero Ledieu le pronunció la palabra de gloria: «Dejad esas cosas,» le dijo Bossuet, «y ante todo pedid á Dios perdón para mí.»

El 12 de abril de 1704 se le hincharon al moribun-

do los pies y las manos. Un poco antes de las cuatro y media de la madrugada expiró: aquella era la hora en que empezaba á rezar á su amigo Rancé, al acercarse el día. El águila que de paso había descansado un momento en este mundo, prosiguió su vuelo hacia el sublime nido de donde no debía ya volver á bajar. No nos ha quedado de Bossuet mas que una piedra.

Rancé tuvo al principio la idea de renunciar su alvadia, sobre lo cual consultó á Bossuet en diciembre de 1682. Bossuet le respondió que aguardase. En aquel año el padre de un joven mosquetero refugiado

en la Trapa, se quejó de la captacion de que se habia usado con su hijo, y no recibió del abad mas que estas palabras: «Pronto lo dejareis.»

Por entonces murió el abad de Prieres, de quien varias veces he hablado. Véase lo que hizo escribir á Rancé por conducto de un sacerdote: «El abad de Prieres, me mandó en los últimos momentos de su vida que os noticiase su muerte, manifestándoos la

estimacion que os he conservado hasta el último suspiro.»

Aquellos rectos varones se legaban su estimacion. De todas las acusaciones dirigidas contra Rancé, ninguna se apoyaba en una apariencia de verdad, excepto la de jansenismo. En una carta dirigida á M. de Brancas en 1676, se explica en estos términos;

«Os dije, hablando de M. Arnauld y de esos señores



BOSSUET Y RANCÉ DEPARTIENDO SOBRE LAS COSAS DIVINAS.

res que el papa estaba contento de ellos, y que habia recibido sus firmas como ellos las dieron; me respondisteis lo que ya muchas personas me habian dado por cosa constante, á saber: que se habian sorprendido, y que el papa hizo como aquellos que se tapan los ojos con la mano y aparentan que no ven. Sin embargo, hace unos dias vino á parar á mis manos la sentencia dada contra el señor obispo de Angers, en que se dice expresamente que el papa con mucha prudencia, quiso recibir la firma de algunos particulares, con una explicacion mas

extensa para ponerlos á cubierto de sus escrúpulos y de las penas dictadas por las constituciones; de tal suerte, que no solo no aparentó no ver que firmaron con explicacion, sino que lo aprobó y se dió por satisfecho de ello. Muchísimo me alegro de no haber juzgado á nadie. ¿A qué término me vería yo ahora reducido si hubiera condenado á personas á quienes el papa aprueba por lo tocante al hecho mismo por el que yo las hubiera condenado? ¿Y á qué reparacion no estaria yo obligado si hubiera pronunciado un juicio contra ellos y hubiese autoriza-

»do á otros á hacer lo mismo en virtud de mi testimonio? porque en el fondo hubiera, contra el respeto que debo al papa y contra sus intenciones, condenado á los que él justifica, y hubiera considerado como á personas que están en el error y en la desobediencia á las mismas de quienes él está satisfecho y á quienes recibe en su seno y en su comunión, en virtud de un proceder lleno de caridad y sabiduría. Os aseguro que nunca me sucederá juzgar á nadie, y que seré mas religioso que nunca en las resoluciones que he tomado sobre este punto. Os hablo sin pasión y en un entero desinterés de todos los partidos (porque ninguno tengo, y soy incapaz de tener otro que el de la Iglesia); pero con la persuasión de que Jesucristo es quien me inspira lo que os voy á decir.

»Es imposible que Dios nos pida cuenta á vos ni á mí de que nos hayamos abstenido de juzgar no teniendo para esto ni carácter ni obligación; pero podría muy bien suceder que una conducta opuesta pesase sobre nuestras conciencias, por buenas que sean nuestras intenciones, si los que tienen autoridad ú obligación de juzgar, se engañan despues de haber puesto en ello toda la aplicacion, los cuidados y la diligencia necesarios. Ellos pueden esperar que Dios, que conoce el fondo de sus corazones, los mirará con misericordia; pero por lo que hace á los que se adelantan y no tienen mision, si les sucede esa desgracia, no pueden esperar mas que un castigo rigoroso, porque desde el momento en que se han ingerido y han usurpado un derecho que no les pertenece, han merecido que Dios los abandone á sus propias tinieblas. Os aseguro que ya considere que Jesucristo nos ha declarado que castigaria con un suplicio eterno al que diga á su hermano una leve injuria, ó ya me mire á mi mismo como á punto de ser juzgado, no hay cosa de que me halle mas distante que de juzgar á los demás.

»Tal debe ser la disposicion de todo hombre que no esté prevenido, y que mire las cosas en su verdad sin interés ni pasión; pero el mal está en que creemos no tener ni uno ni otro, porque en efecto no tenemos interés ni pasión propios y particulares, siendo así que muchas veces nos hallamos empeñados en los de los otros sin advertirlo. Por mi parte estoy persuadido de que en tales materias el camino mas seguro es no salir de los términos de la sumision y el silencio. Sé que este es el medio de enemistarse con todos los partidos y de no contentar á nadie; pero con tal que contente á Dios y que me conserve en su orden, nada se me importa de qué modo explicaran los hombres mi conducta. Verdaderamente ya no pertenezco á este mundo, y no soy bastante desgraciado, para volver á él despues de haberle dejado, por el designio de contentarlo contra mi deber y los impulsos de mi conciencia. Sin duda conoceréis que es tan difícil, cuando se habla aun en las causas mas justas, conservarse en las reglas de la moderacion y de la caridad, que los mas venturosos son aquellos á quienes Dios ha puesto en estados, en los que nada los obliga á hablar ni á presentarse, y os confieso que no me canso de admirar y de compadecer al mismo tiempo la obcecacion de la mayor parte de los hombres que no tienen mas dificultad en decir: Ese hombre es cismático; que la que tendrían si dijeran: tiene la tez descolorida y es mal carado. Al decir que no hablo mas que para vos solo, no es porque no quiera que se sepa cuales son mis opiniones y mis ideas sobre este punto; pero todavía preferiria, como es la verdad, que no fueran á imaginarse que me ocupo en asuntos que no me incumben.

»Tampoco podria prescindir de decirlos que nada hay menos cierto que lo que se dice de que hago penitencia por haber firmado el formulario; pues lo firmaré siempre y cuando que lo deseen mis su-

»periores, y estoy persuadido de que en esto mi parecer es el verdadero; pero no niego que en el número casi infinito de los crímenes y de los males de que sé que tengo que dar cuenta á la justicia divina, debe ser comprendido el de haber imputado á las personas á quienes llaman jansenistas, opiniones y errores, de que mas adelante he reconocido que no eran culpables. Cuando me hallaba en el mundo, antes de pensar seriamente en mi salvacion, me he explicado contra ellos en todas ocasiones, y me he tomado en este punto una entera libertad, persuadido de que podia hacerlo, fiado en relaciones de personas piadosas y doctas; sin embargo me engañé y no será excusa para mí en el tribunal de Dios haber creído y hablado por informes y sobre la fe de los demás. Esto me ha hecho tomar dos resoluciones, en que espero preservar con la gracia de Dios; una no creer nunca el mal de nadie, cualquiera que sea la religiosidad de los que lo digan, á menos de que me manifiesten una evidencia; y la otra no decir nunca nada, á menos de que con la evidencia me halle comprometido á ello por una indispensable necesidad. El que teme los juicios de Dios y sabe que ha merecido ser juzgado por él con rigor, es muy desgraciado cuando juzga á sus hermanos, pues que el principal medio de mover á Jesucristo á juzgarnos en su misericordia es abstenernos de juzgar.

»Pareceríame que obraba mal si sospechase de su fe (la de los jansenistas), pues que están en la comunión y en el gremio de la Iglesia. Ella los mira como á hijos suyos, y no puedo ni debo por consiguiente considerarlos por mi parte mas que como á hermanos míos.

»Decís que son sospechosos; pero libreme Dios de dejarme llevar de mis sospechas. Sé por mi propia experiencia, y todos los dias lo experimento, hasta dónde llegan la injusticia y violencia de los llamados molinistas; no hay calumnias con que no procuren destruir mi reputacion, no hay habillitas injuriosas que no propalen contra mi persona: como no pueden atacar mis costumbres, atacan mi fe y mi creencia, y deducen de las reglas de su moral y de la falsedad de sus máximas, que les es lícito decir contra mí todos los males que pueden sugerirles la envidia y la pasión. *Circumveniam justum quoniam inutillis est nobis et contrarius est operibus nostris.* Mi conducta no es conforme con la suya; mis máximas son exactas, las suyas relajadas; las sendas por donde yo procuro caminar son estrechas, las que ellos siguen son anchas y espaciosas: este es mi crimen; esto basta; es preciso oprimirme y destruirme. *Opprimamus pauperem justum, gravis est nobis etiam ad vivendum quoniam dissimilis est aliis vitis illius.*

»¿Cómo queráis que yo les diese ningun crédito, y que pasasen por otra cosa en mi mente que por hombres arrebatados é injustos? ¿En qué pasaje de la Escritura ó de los libros de los santos Padres han hallado esos hombres tan celosos por la defensa de la verdad, que pueden en conciencia imputar el mayor de todos los crímenes, sin mas fundamento que puras imaginaciones, y desacreditar por toda especie de medios públicos y secretos á personas que sirven á Dios en el retiro y en el silencio, que no se mezclan ni en las contiendas ni en los negocios que dan edificacion á la Iglesia, y cuya vida, por confesion aun de aquellos que no la aman, es irreprochable? Considerad vos mismo ¿qué cosa puede ocurrirse mas naturalmente, cuando llega á mis oídos algun rumor de las sospechas que se forjan contra los jansenistas, sino que puesto que los molinistas no se hacen ningun escrúpulo de imputarme excesos de que no estoy menos exento que vos mismo, aunque nada he dicho

»jamás en su daño y ningun motivo tienen para quejarse de mí, es muy posible que atribuyen errores á imaginarios á personas que no han tenido con ellos las mismas atenciones y miramientos, y contra las cuales están hace tanto tiempo en pugna declarada?

»Para hablarlos francamente, me hallo muy distante de ser molinista, aunque estoy perfectamente sometido á todas las potencias eclesiásticas. No pienso como ellos en lo tocante á la gracia de Jesucristo, á la predestinacion de sus santos y á la moral de su Evangelio, y estoy persuadido de que los jansenistas no tienen mala doctrina. Seria una gran flaqueza ajustar uno su conducta á los caprichos é imaginaciones del mundo; y los hombres de bien, que solo atienden á Dios en todas las circunstancias de su vida, no se cuidan por cierto de que otros se escandalicen de su modo de proceder, cuando no hay en él cosa alguna que salga del orden y las reglas. El escándalo no recae sobre ellos, sino sobre los que quieren hallar motivos para escandalizarse en cosas que no son vituperables.

»En fin, he observado desde que dejé el mundo los diferentes partidos que han agitado á la Iglesia; he visto por todas partes los intereses y las pasiones que los han continuado, y por la gracia de Dios no he tomado en ellos ninguna parte fuera de la de lastimarme y gemir en su vista delante de Dios, y pedirle que inspire sentimientos de paz y caridad á los que parece que los tienen enteramente contrarios. He vivido entre los unos y los otros en un estado de suspension, y me he sometido á la Iglesia sin tener conexión con nadie, porque he creído que no habia ninguna que no fuese peligrosa, y que el mejor de los partidos era no tener ninguno y antes bien adherirse simplemente á Jesucristo, y á aquellos á quienes ha dado su poder y su autoridad en su Iglesia.

»He permanecido en el reposo y en el silencio; y como muchas veces pienso en esta gran verdad, á saber, que Dios juzgará sin misericordia á los que hayan juzgado á sus hermanos sin compasión, me he abstenido de explicarme y de condenar la conducta y los sentimientos de los demás, sabiendo que no lo debia hacer, á menos de tener evidencias y certezas que nunca he tenido, de estar comprometido á ello por verdaderas necesidades. No me propongo de agradar á los hombres, no solicito ni que me aprueben ni que me estimen, y sé muy bien que Dios nunca manifiesta mas claramente en los que le pertenecen que no desecha los servicios que le rinden, que cuando permite que sean perseguidos; y la única pena que tengo es ver que esos hombres empañan sus conciencias como si no supieran que Dios juzgará á los calumniadores con tanto rigor y severidad como á los homicidas y á los adúlteros.

»Réstame otro punto, que es impedir el que se vea que yo favorezco el partido de los molinistas; porque os confieso que la moral de la mayor parte de los que tienen alguna, está tan corrompida; sus máximas son tan contrarias á la santidad del Evangelio y á todas las reglas é instrucciones que nos ha dado Jesucristo, ó por medio de su palabra ó por el ministerio de sus santos, que no hay cosa que yo pudiera sufrir menos que el ver que se sirviesen de mi nombre para autorizar sentimientos que condeno con toda la plenitud de mi corazón. Lo que me sorprende en mi dolor, es que sobre este punto todo el mundo enmudece, y que hasta los mismos que hacen profesion de tener celo y devoción guardan un profundo silencio, como si hubiera algo mas importante en la Iglesia que conservar la pureza de la fe en la direccion de las almas y de las costumbres. Yo por mí, que nunca me he acalorado contra nadie, porque siempre me he preservado de todo linaje de conexiones, cuando considero las cosas con el desinterés

»de un hombre que no quiere tener mas que á Dios y á la verdad delante de los ojos, y cuando procuro discernir lo que motiva que se tenga tanto calor sobre ciertas materias, al paso que sobre otras solo se muestra indiferencia y tibieza, lo que se me presenta mas naturalmente es que lo que da el movimiento á la mayoría de los hombres, es el interés que por una parte hay en agradar y engañar y que por la otra es seguro perder (hablo de los que son teólogos y no pueden ignorar el fondo y las consecuencias de las cosas); y como yo nada tengo que perder ni que ganar en este mundo, y como he reducido á sola la eternidad todas mis pretensiones y mis esperanzas, no me gustan ni puedo comprender tales atemperamientos y consideraciones. Es cierto que si Dios no tiene compasión del mundo y no impide el efecto de la aplicacion con que se trabaja para destruir las máximas verdaderas para sustituir en su lugar otras que no lo son, los males se multiplicarán y se verá en breve una desolacion casi general.»

No he abreviado esta carta demasiado larga para nosotros, porque decide una cuestion tan viva entonces y hoy tan muerta. El jansenismo por su rigidez, debia agradar á un solitario:—todo esto nos parecerá abrumador, porque el espíritu humano no alcanza ya fuerzas para tenerse en pie. Rancé, influido por Bossuet, mudó de opinion, cesando de tolerar lo que habia respetado. La estabilidad no pertenece mas que á Dios *Manet in æternum.*

En el año 1678 Rancé hizo al mariscal de Bellefonds una declaracion de sus principios. Bellefonds era aquel mismo mariscal castigado en la guerra por dos desobediencias felices, y á quien Bossuet escribió una carta sobre la conversion de madama de la Vallière. La carta de Rancé ha llegado á ser muy rara; se trataba de rechazar las acusaciones que se alzaban contra los rigores de la Trapa.

«Si no es imposible, dice el abad al mariscal, entonces los cánticos del Señor en una tierra extranjera, es preciso creer sin embargo que es difícil seguir fielmente sus caminos cuando se vive rodeado de negocios y de placeres.

»Dios no ha recomendado á todos los hombres que abandonen el mundo; pero á todos ha prohibido que amen el mundo.

»Mi profesion quiere que me considere como un vaso roto que ya no sirve mas que para ser pisoteado; y en verdad que si los hombres me toman á veces por donde no soy tal como me creen, hay por otra parte en mí iniquidades que nadie conoce y sobre las cuales nada me dicen; de modo que no puedo dejar de creer que las injusticias que me vienen del mundo son justicias secretas y verdaderas de parte de Dios, y por esta razon considero en esto á los hombres como ejecutores de sus venganzas.

»Tal es la disposicion en que me hallo y que debo confesar, tanto mas, cuanto están cerca los confines de mi vida: en las puertas de la eternidad no hay cosa mas eficaz para conseguir que Dios me juzgue en su clemencia que el ser juzgado por los hombres sin compasión.»

En el año de 1679 Bellefonds llamó á Rancé á París. Estos Bellefonds de Normandía eran descendientes de los Bellefonds de Turena. La marquesa de Chatelet, hija del mariscal, vivió muy pobre con su marido en Vincennes, cuyo gobernador era Bellefonds, el cual murió en el castillo donde en lo sucesivo le esperaba el duque de Enghien, que aun no habia venido al mundo.

El mariscal llamaba á Rancé para que viesse á madama de La Vallière, como conoedor del mal de que estaba atacada. Cincuenta cartas de madama de La Vallière á Bellefonds están impresas en una continuacion del compendio de la vida de la célebre querida

de Luis XIV. El autor de este compendio es el presbítero Lequeux, editor de varios opúsculos de Bossuet.

«Vivid escondida», dice Bossuet á madama de La Vallière, en su discurso sobre su profesion; «tomad un tan elevado vuelo que no halleis el reposo mas que en la esencia eterna.» «En fin, deo el mundo, escribe madama de La Vallière; «lo hago sin arrepentimiento, pero no sin dolor. Creo, espero y amo.» «No habla aquí Emilia? Hermosa sociedad debía ser aquella en que este hermoso lenguaje era natural. En su carta del 7 de noviembre de 1675 al mariscal de Bellefonds, madama de La Vallière dice: «No puedo menos de comunicaros la alegría que he experimentado al ver al señor abad de la Trapa; siempre vivo en la confianza de la paz, y nuestro santo abad me ha exhortado mucho á perseverar en ella. ¡Cuán feliz sois, señor mariscal, en hallaros en el estado en que quiere que os halleis!» Bellefonds, ayudado por Rancé y por el hábito de Luis, apoyaba la resolución de la fugitiva: el mundo veía á una de sus víctimas bajo el sayal, Rancé, estimular á cubrirse con el cilicio á otra de sus víctimas. Los Carmelitas estaban llenos de una poblacion de mujeres, allí se vivía en una atmósfera que había aspirado y espirado el pecho de hermosas y jóvenes compañeras. Madama de La Vallière no quería que la hablasen ni aun de su hijo; imaginábase que ningún otro hombre mas que el rey podía estar presente en su pensamiento; vivía á solas, bajo el velo, con Dios y Luis.

Tal era la aventura colocada en el camino de *La Maison-Dieu*. Todos los recuerdos venían de dentro y de fuera á sepultarse en aquellas soledades; cada penitente llevaba consigo sus culpas. Los arrepentidos se paseaban por caminos apartados; se volvían á encontrar para no volver á hallarse jamás. Las almas que llevaban recuerdos, desaparecían como los vapores que he visto en mi infancia en las costas de la Bretaña; nieblas, según se decía, producidas por los lejanos volcanes de la Sicilia. En todos los caminos de la Trapa se encontraban fugitivos del mundo; Rancé, por su cuenta y riesgo, iba á recogerlos, y traía en la falda de su hábito cenizas ardientes, que sembraba en eriales, para abonar los desiertos con reliquias de pasiones. En el día ya no se ven deslizarse por las sombras aquellas blancas cacerías, cuyas bocinas creían oír Carlos V y Catalina de Médicis entre las ruinas del palacio de Lusignan, mientras que alguna hechicera volando lanzaba su grito.

Al bajar de las enhiestas alturas donde iba yo buscando los lares de Rancé, se ofrecían á la vista campanarios de paja contorneados por el humo; nubecillas muy bajas se alzaban de lo mas hondo de los valles. Al acercarme, aquellas nubecillas se convertían en personas vestidas de lana burda; distinguía algunos segadores:—Madama de La Vallière no se hallaba entre los yerbas segadas.

Rancé se había resuelto á no componer ninguna obra que recordase su existencia. A los sesenta años, vencido por sus achaques, no estaba tentado de volver á las ilusiones de su juventud, á pesar de los estímulos que hallaba en las canas de su amigo Bossuet. Como muchas veces leía conferencias á sus hermanos, quedábale un gran número de discursos y al cabo se dejó vencer por las súplicas de un religioso enfermo que le conjuraba que los reuniese: así se halló formado poco á poco el tratado que intituló: *De la santidad y de los deberes de la vida monástica*. Sacáronse en el convento muchas copias de este tratado; una de ellas cayó en manos de Bossuet:—Bossuet, asombrado, se apresuró á escribir á Rancé que exigía que se publicase su obra, y que él se encargaba de hacerla imprimir. Fray Rigoberto y el abad de Chatillon unieron sus solicitudes á las del grande obispo. Rancé había tirado la obra á la lumbre, de donde se logró sacar algunos cuadernos medio chamuscados. Por

efecto de una de aquellas flaquezas comunes en los autores, Rancé había recogido los despojos del incendio y los había retocado; una de las copias *post flamas* era la que había llegado á manos de Bossuet. «¿Cómo, señor ilustrísimo, le escribía Rancé, queréis que me eche encima todas las órdenes religiosas?» —«Escusais enfadaros, respondió Bossuet; no seréis dueño de vuestro manuscrito, y en él pensareis delante de Dios.» Insistió el abad de la Trapa, y Bossuet le contestó: Responderé por vos; tomaré vuestra defensa; no tengais cuidado.

En efecto, se ve al frente de las ilustraciones sobre el libro *De los deberes de la vida monástica* esta aprobacion de Bossuet: «Después de haber leído y examinado las ilustraciones, las hemos aprobado con tanta mas satisfaccion, cuanto esperamos que todos los que las lean quedarán convencidos de la santa y saludable doctrina del libro *De la santidad y de los deberes de la vida monástica*. En Meaux, nel 10.º día de mayo de 1685.»

¿Qué obra era esta que había cobijado con sus alas el águila de Meaux? En vano Rancé no quería convenir en que le había quedado su juventud; se decía y se creía viejo, y la vida estaba rebosando en él. Sin embargo, sucedió lo que había previsto: á los dos ó tres años de la publicacion del libro se suscitó una larga contienda. La gravedad de aquellas controversias en nada se asemeja á las reyertas literarias del día; esta parte de aquellos tiempos pasados es curiosa y digna de ser conocida. Bossuet no se engañó, ni en punto al fondo, ni en punto al estilo de la obra. Veamos el análisis *De la santidad y de los deberes de la vida monástica*; deo hablar á Rancé:

«Las reglas de las observancias religiosas no deben considerarse como invenciones humanas. San Lucas ha dicho: Vended lo que teneis y dádselo á los pobres; hecho esto, venid y seguidme. Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre y á su madre, y á su mujer y á sus hijos, y á sus hermanos y á sus hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo.»

«Juan Bautista pasó en el desierto una vida de desprendimiento, de pobreza, de penitencia y de perfeccion, cuya santidad se transmitió á los solitarios, sus sucesores y discípulos.»

«San Pablo el anacoreta y San Antonio buscaron los primeros á Jesucristo en los desiertos de la baja Tebaida; San Pacomio apareció en la alta Tebaida, y recibió de Dios la regla, por la cual debía conducir á sus numerosos discípulos. San Macario se retiró al desierto de Scythé; San Antonio al de Nitry; San Serapio á las soledades de Arsinoe y de Memfis; San Hilarion á la Palestina, fuentes abundantes de innumerable multitud de anacoretas y de cenobitas que llenaron el Africa, el Asia y todas las partes del Occidente.»

«La Iglesia, como una madre demasiado fecunda, empezó á debilitarse con el gran número de sus hijos. «Habiendo cesado las persecuciones, el fervor y la fe disminuyeron en el reposo; sin embargo, Dios, queriendo perpetuar su Iglesia, conservó algunas personas que se separaron de sus bienes y de sus familias, por medio de una muerte voluntaria, que no era ni menos real, ni menos santa, ni menos milagrosa que la de los primeros mártires. De aquí, nacieron las diferentes órdenes monásticas, bajo la direccion de San Bernardo y de San Benito. Los religiosos eran ángeles que protegían á los Estados y á los imperios con las oraciones; pilares que sostenían la bóveda de la Iglesia, penitentes que aplacaban con torrentes de lágrimas la cólera de Dios, fúlgidas estrellas que llenaban de luz el mundo. Los conventos y los peñascos eran su morada; se encerraban en las montañas como entre murallas inaccesibles; convertían en templos todos los sitios donde se encontró

ban; descansaban en la cima de las colinas, como palomas; se sostenían como águilas; en la cumbre de los riscos; su muerte no era menos feliz, ni menos admirable que su vida, en sentir de San Efrein. No se tomaban el menor cuidado de labrarse sepulturas; estaban crucificados para el mundo: muchos, como clavados en la punta de las rocas escarpadas, entregaron voluntariamente sus almas en manos de Dios: hubo algunos que, paseándose con su sencillez ordinaria, han muerto en las montañas que les servían de sepulcro. Algunos, sabiendo que era llegado el momento de su libertad, se ponían con sus propias manos en la tumba: los ha habido que, cantando las alabanzas de Dios, han espirado en el esfuerzo de su voz, habiendo terminado su oracion y cerrado su boca solo en el postrer trance. Esperan á que la voz del arcángel los despierte de su sueño; entonces florecerán de nuevo como los lirios, ostentando una blancura, un brillo y una hermosura infinita.»

Después de esta descripción admirable para hacerles amar la muerte, añade Rancé: «No dudo, hermanos míos, que os llevan vuestros pensamientos hácia el desierto; pero es preciso moderar vuestro celo. Ya han pasado los tiempos; las puertas de las soledades están cerradas; la Tebaida no está ya abierta.»

Verdad era; pero las órdenes religiosas habían reconstruido en sus conventos la Tebaida: habían representado en sus claustros las palmeras de los arenales: los monasterios eran unos planteles de fecundidad donde se criaban las plantas divinas; donde tomaban su incremento antes de ser trasplantadas. Así, cuando se bajaba de la montaña y se estaba próximo á entrar en Claraval, se reconocía á Dios por donde quiera: en mitad del día se hallaba un silencio semejante al de la mitad de la noche: el único rumor que allí se oía era el sonido de las diferentes obras manuales, ó el de la voz de los hermanos cuando cantaban las alabanzas del Señor. La sola fama de aquel profundo silencio imprimía una reverencia tal, que los seglares temían decir una palabra. Una selva rodeaba al monasterio: las viandas de que se alimentaban los monges no tenían mas sabor que el que les daba el hambre.

Rancé pasa á la explicacion de los tres votos de la vida monástica, castidad, pobreza y obediencia. Dice que en el pensamiento de San Agustín, una virgen casta consagrada á Dios, tiene todo lo que puede servirle de ornato; sin lo cual la virginidad le hubiera sido vergonzosa, porque ¿de qué le serviría tener la integridad del cuerpo no teniendo la del alma? El reformador insiste, sin tomarse cuidado de sus recuerdos. ¿Qué ventaja sacaría un religioso de haber abandonado los bienes de la fortuna sin conservarse otros afectos y otros lazos? Nuestro corazón se halla donde está nuestro tesoro; estamos ligados por los objetos que amamos, y sin embargo, hermanos míos, dice Rancé, si el religioso no se priva de los falsos placeres, se reserva los verdaderos tedios que los acompañan; toda su carrera no será mas que una continuidad de caídas y recaídas. En un viaje, para ir mas ligeramente al cielo, es preciso descargarse de todo lo que puede impedir avanzar en el camino. La pobreza religiosa separa el corazón: lo mismo que la castidad, de todo lo visible é invisible si no es eterno.

Rancé recomienda la caridad como la primera de las virtudes. Un cristiano, dice San Pablo, no ha nacido mas que para amar, lo que hace que el amor de Dios sea tan raro entre los hombres, es que los arrastran otros amores. «Por lo que hace á vosotros», dice el reformador en un lenguaje admirable, «por lo que hace á vosotros, hermanos míos, Dios os ha removido todos esos obstáculos, y os ha preservado de esas especies de tentaciones, retirándoos á la soledad. Sois, con respecto al mundo, como si no existiera; está borrado en vuestra memoria, como lo estáis en

la suya; ignorais todo lo que pasa en él; sus sucesos y sus revoluciones mas importantes no llegan hasta vosotros; jamás pensais en él, si no cuando os lamentais de sus miserias delante de Dios; y hasta los nombres de los que gobiernan os serian desconocidos, si no los aprendierais por medio de las oraciones que dirigís á Dios por la conservacion de sus personas. En fin, habeis renunciado, abandonándolo á sus placeres, á sus intereses, á sus bienes, á sus vanidades, y habeis puesto de repente bajo vuestros pies, lo que los que le aman y le sirven han colocado en el fondo de su corazón.»

Tal es este Tratado *De la santidad y de los deberes de la vida monástica*, en el que cree uno oír los llenos y magestuosos sonidos del órgano: leyéndolo cree uno pasearse por una basílica, cuyas pintadas vidrieras centellean con los rayos del sol. ¡Qué tesoro de imaginacion en un tratado que parecia prestar tan poco campo para ella! El trabajo de Rancé enseñará á los que no le conocian que hay en nuestra lengua una magnífica obra mas.

Al principio siguió á la publicacion de este libro un largo silencio, tanto de admiracion como de asombro: no se necesitaron menos de dos años para que los amores propios y las pasiones se repudiesen del echo que habían recibido con ella, pero al fin se reanimaron y se entabló la lucha, que empezó en Holanda, donde la literatura francesa tenia su eco; eco protestante que repetía mal el sonido, y no le repetía si no áspere y secamente.

El verdadero Motivo de la conversion del abad de la Trapa, por Laroque, que ya he citado, es una respuesta á los *Deberes de la vida monástica*. Está en forma de diálogo, según el gusto de la época: Timócrates y Filandro hablan del libro de Rancé. Timócrates es un buen hombre que, de cuando en cuando, tiene mucha gana de admirar el libro de los *Deberes*: pero Filandro lo morigera, afirmándole que la obra del solitario de la Trapa no vale un ardite. A cada exclamacion de Timócrates, Filandro exclama: «¡Ah! pues no lo sabia. Mucho celebraré que examineis lo que dice sobre ese punto, y me hareis un favor en señalarme el pasaje. Los dos interlocutores se van á comer, se citan para el día siguiente en el jardin de las Tullerías, y continúa la conversacion. Timócrates acusa á Rancé de desdeñar la Escritura, de querer echarla de sabio á cada momento, de citar á Aristófanes en griego. «Desearia saber» prosigue Timócrates, «cuándo lo habrá leído, si cuando era joven, si antes de haber dejado el mundo, ó despues. Duro se me hace creer que se acuerde tan perfectamente de una lectura hecha há mas de treinta años, por lo cual creo que lo mas probable es que en su retiro se habrá entretenido con ese poeta cómico.»

Reparillo de mala fé, pero gracioso. El P. Mege impugnó seriamente el primero de la obra de Rancé en su *Comentario sobre la regla de San Benito*. El libro *De la santidad y de los deberes de la vida monástica* había tenido ya tres ediciones, cuando, por fin, en la sombra de los claustros, se oyó un rumor de papel y de polvo:—era Mabillon que se levantaba. No había encanecido bajo sus volúmenes en folio, no miraba en derredor de sí los pergaminos mohosos de los primeros días de la monarquía, para oírse decir que había perdido su alma y su tiempo en el estudio de las cosas pasadas: el compilador de la *Vetera analecta* se creyó obligado á sostener la causa de los eruditos, de quienes era honra y gloria. Los dos sabios campeones que salieron á la palestra estaban bien armados de griego y de latín. «Cuando pretendemos luchar contra esos sabios, manifestamos lo que nos falta en esta monarquía DOCTA Y CONQUISTADORA», dice Bossuet. El P. Mabillon procede metódicamente: no deja cosa alguna detrás de sí; experto investigador, todo lo registra; no da un paso sin forzar á todo un

siglo á levantarse. Intimo confidente de las crónicas dice, como el P. La Cordaire: «El tiempo llevará la pluma despues de mí.»

Se dirige á los jóvenes religiosos benedictinos de la congregacion de San Mauro:

«A vosotros, carísimos hermanos míos,» les dice, «es á quienes me reconozco obligado á ofrecer esta obra, pues que para vosotros particularmente la he emprendido y compuesto. Ruégoos que considereis bien que no pretendo hacer aquí de nuestros monasterios puras academias de ciencias; si el grande apóstol se gloriaba de no tener otra mas que la de Jesucristo crucificado, tampoco nosotros debemos tener otro objeto en nuestros estudios: es verdad, y San Pablo lo ha dicho, que la ciencia sin la caridad envanece, pero es seguro tambien que, con el auxilio de la gracia, nada es mas á propósito para conducirnos á la humildad, porque nada nos hace conocer mejor nuestra vanidad, nuestra corrupcion y nuestras miserias.»

El ilustre sabio se ponía á cubierto de las reconvencciones de Rancé con esta ingeniosa interpretacion del estudio. Hasta en el modo como imprime su tratado, parece que reproduce en letras mayúsculas algo del carácter monumental de las inscripciones. Aparta para los teólogos escolásticos las cuestiones de la facultad obediencial y del modo como obra sobre los condenados el fuego material, y en seguida entra en materia: «Lo que al principio me hizo titubear,» dice en su prefacio, «acerca de la composicion de mi obra, es que el gran siervo de Dios que hace hoy tanto honor al estado monástico, se ha explicado de un modo tan noble y elevado sobre este asunto, que no es fácil hacerlo con acierto despues de él. Podría, sin embargo, convenir con él en que si todos los solitarios fueran como los suyos y hubiera seguridad de tener siempre superiores tan ilustrados como él, no sería muy necesario que aquellos se dedicasen á los estudios, pues que en este caso su superior supliría para ellos la falta de libros; pero es difícil, por no decir imposible, que todas las comunidades consigan este beneficio.»

Despues de esta santa cortesía continúa Mabillon: la razon y el saber le llamaban á triunfar. Asegura que los frailes están obligados á estudiar, que los grandes hombres que han florecido entre los frailes son una prueba de que se cultivaban las letras entre ellos, y que las bibliotecas de los monasterios son otra prueba de los estudios que en ellos se hacian. Habla de la institucion de la abadía del Bec y de los Cartujos: manifiesta que los monasterios del Oriente se ocupaban tambien en el estudio de las letras, testigos San Basilio, San Crisóstomo, San Gerónimo, Rufino, Casiano y su compañero German. Recuerda el monasterio de Lerins en el Occidente, la abadía del Monte Casino el monasterio de San Columbano, las escuelas anejas á las catedrales y á los monasterios, los sabios que salieron de aquellas escuelas, el famoso Gerbert, Lupo de Ferrieres, Lanfranco, Anselmo; manifiesta que los frailes, ocupados en transcribir las obras de los antiguos, son los que nos las han conservado; que los concilios y los papas, lejos de prohibir los estudios á los frailes, los han obligado, por el contrario, á estos estudios; para la conviccion de la Francia, basta la autoridad de Carlomagno y de San Luis.

La erudicion siempre segura rebosa en el *Tratado de los estudios monásticos*, donde el autor descende á los mas pequeños preceptos; enseña á descansar la voz á tiempo en las lecturas, y recomienda ante todo la brevedad, aunque él por su parte es un poco difuso: un lacónico *Hic jacet Sugerius abbas* vale mas, dice, que una verbosa inscripcion.

«Los que cotejan los manuscritos con un impreso,» añade el erudito, «deben, para la facilidad de los que se sirvan de ellos, señalar la página y el número de

la línea del impreso, donde cae la correccion ó la diversa leccion; y á fin de que no estén obligados á contar á cada vez las líneas, podrán hacer una escala de carton ó de papel, sobre la cual señalarán el número de las líneas en la misma distancia á que están en el impreso.»

¡Maravilloso siglo aquel en que Mabillon, olvidando su argumento se convierte en un simple pedagogo, y en que Bossuet, convertido en cura párroco, explica el catecismo á los niños de su diócesis!

No hay elocuencia en ese *Tratado de los estudios monásticos* opuesto al parecer de Rancé, pero se advierte una razon superior, una tierna mansedumbre un no sé qué que va al corazon: «Escribamos, pues,» dice al concluir, «y compongamos cuanto queramos y trabajemos para los demás. Si no estamos penetrados de estos sentimientos, trabajaremos en vano, y no sacaremos de nuestro trabajo mas que una funesta condenacion. Todo pasa, excepto la caridad: *Quotidie morimur, quotidie commutatur, et tamen æternos nos esse credimus.*»

Rancé se exaltó al verse atacado por Mabillon; su respuesta es tan erudita como la del benedictino, pero es sofisticada. Si el superior de la Trapa no tiene razon, se sostiene á favor de una elocuencia que saca de su pasion por los padecimientos. Rancé dirige su respuesta á sus hermanos trapenses, como Mabillon predicó su obra á sus jóvenes compañeros.

«Como Dios me ha encargado, hermanos míos,» les dice, «velar constantemente en la custodia de vuestras almas, me reconozco obligado á deciros que se ha publicado recientemente un libro que ataca una verdad que hemos enseñado como una de las mas importantes y necesarias para conservar la regularidad en los claustros. El intento del autor es probar que el estudio de las ciencias es necesario al estado monástico: os confieso que lo que mas me aflige en la obligacion en que estoy de explicaros mis pensamientos sobre este asunto, á fin de preservaros de una opinion que me ha parecido tan peligrosa, es que vestimo y considero al que ha compuesto esa obra; y que su virtud, no menos que su doctria, le recomiendan particularmente.»

¡Qué diferencia entre aquel público competente y escogido, y el público á quien al presente nos dirigimos!

Rancé considera una á una las proposiciones de Mabillon y las va sucesivamente refutando con ejemplos. Como por necesidad hay partes flacas en una grande obra, el abad las ataca hábilmente: «Alaban, hermanos míos,» dice, «alaban á Marcos, discípulo, á lo que aseguran, de San Benito, porque hacia buenos versos. ¡Qué alabanza para un monje! Estoy seguro de que San Benito no le legó esa ciencia en su testamento, y de que no se la enseñó con su ejemplo. ¡Qué aprenda para un solitario la de ser poeta!

«Lupo, abad de Ferrieres, hace mal en rogar á Benedicto III que le envíe el libro del Orador de Cicéron, los doce libros de Quintiliano y el comentario de Donato sobre Terencio: ¿no hubiera hecho mejor en gemir allá en el fondo de su claustro sobre sus propios pecados como sobre los del mundo, y en sostener á sus hermanos que, en aquel siglo de hierro, tenían necesidad de ser socorridos y consolados?»

Rancé se precipita entre los monges sabios para romper el orden de sus filas, sin advertir que los hace amables; se rie de Hubaldo, autor de ciento treinta versos en loor de los calvos. Rancé tenía razon; pero ¿qué prueba esto sino que Rancé conservaba un resto de ironía mundana?

No se dió por vencido Mabillon, y replicando en sus *Reflexiones*, reunió en ellas nuevos datos en favor de los estudios monásticos. Estas obras de Mabillon no están escritas con fuego; una sensata atencion, llena de moderacion y mesura, una tierna pie-

dad, una sabiduria humilde y modesta, una santa urbanidad, reinan en todas ellas. Con estas patéticas palabras concluye:

«He procurado observar todas las reglas de la moderacion; pero no me atreveré á lisonjearme de que no se me haya escapado cosa alguna contraria á ellas y de no haber hecho, obrando de esta manera, traccion á mis mas puras y rectas intenciones. ¡Ojalá pudierais ver mi corazon, reverendo padre mio (el abad de la Trapa)! porque permitidme que os dirija estas palabras al fin de esta obra, para que así conozcais por ellas la disposicion en que me hallo, con respecto á vuestra persona, como con respecto á vuestra casa. Muy distante estoy de desaprobare la conducta que en ella observais con vuestros religiosos relativamente á los estudios; pero si los creéis bastante fuertes para no necesitar de ellos, no quiteis á los demás un sosten de que tienen necesidad.»

«Si considerais oportuno replicar á estas reflexiones, ruégoos que veais mi pensamiento como yo he procurado ver el vuestro; pero por Dios, no salgamos de este terreno en los términos de nuestra contestacion. Espero que Dios me hará la merced de no entrar nunca en estas especies de pormenores; sean cuales fueren las cosas que me digan y que yo pueda llegar á saber, jamás haré de ellas otro uso que el de sacrificarlas á la paz y á la caridad cristiana. Escribid, pues, si quereis, contra el abuso que puede hacerse del estudio y del saber, pero tratad bien al mismo tiempo á ambos, porque son buenos en sí mismos, y de ellos puede hacerse muy buen uso en las comunidades religiosas. La caridad es la que uniendo los trabajos de los unos con el estudio de los otros, por medio de la intimidad de sus corazones, hace que los que estudian participen del mérito del trabajo de sus hermanos, y que los que trabajan se aprovechen de las luces de los que estudian. Deseo con todo mi corazon que este sea, para unos y otros, nuestro comun patrimonio; felices si tal pudiera ser el fruto de nuestras contiendas, y si discordes en punto á ciencia, perseverasen al menos reunidos en el espíritu de caridad. Perdonadme, reverendo padre, porque es preciso acabar con las palabras del santo doctor; perdonadme si he hablado con alguna especie de libertad, y estad persuadido de que no lo he hecho con el menor intento de ofenderos; *non ad contumeliam tuam, sed ad defensionem meam*. Sin embargo, si aun en esto me he engañado, tambien os suplico que me lo perdoneis.»

No es esta una de aquellas ostentosas modestias que se glorifican. Mabillon hablaba con todo su corazon; ningun oculto amor propio corrompia la sinceridad de sus declaraciones: tales son los frutos de la religion. ¡Qué diferencia entre esa mansedumbre y aquella amargura del saber, que se advertia en las reyertas de Milton y de Saumaise y en los juicios de Escaliger!

Los hechos confirmaron las pruebas; y en efecto, vemos á Mabillon en la Trapa seguido y acompañado con respeto por Rancé. El 4 de junio de 1693, Rancé escribió al presbítero Nicaise: «El P. Mabillon vino aquí hace siete ó ocho dias solamente. La entrevista ha sido cual debia; difícil es hallar juntamente mas humildad y mas erudicion que en este buen padre.»

Bossuet, con su gran juicio, ilustró el punto de la dificultad, distinguiendo el estado de solitario del de cenobita.

No acabó aquí la disputa; los frailes sabios habian tomado las armas. El P. Claudio du Vert, bajo el nombre de Fray Colombart, se lanzó á la lid: el infatigable Rancé respondió como siempre. Salieron además cuatro cartas del P. Sainte Marthe, y á ellas respondió Rancé en una carta muy breve dirigida á Santeuil, juez colgado con sus excelentes poesías latinas en la frontera de los dos Parnasos.

Por lo demás, la aversion á las letras que experi-

mentaba Rancé se ha hallado en muchos hombres, y aun en hombres de su tiempo, que habian aprendido á despreciar lo que en su principio solicitaron. Boileau escribia á Brienne: «No cristiana, sino muy filosóficamente discurriendo, me parecen los versos una locura. En vano vuestro pastor con sotana, quiero decir, Mr. de Maucroix, lamenta la pérdida del *Facistol*, si algun motivo me hace rasgarle algun dia, no será la devocion, sino el poco aprecio que hago de él, igualmente que de todas mis obras. Acaso me direis que hoy me hallo en un grande acceso de humildad: nada de eso: nunca tuve mas orgullo, porque si hago poco caso de mis obras, todavía hago menos de las de nuestros poetas del dia, de las que no puedo leer ni oír una sola, aunque sea en mi elogio.»

¿Qué diría, pues, el crítico, ahora que no hay uno de nosotros, grande ó pequeño, que no se crea seguro de llegar á los astros? Por mi parte, por muy prendado que esté de mi pobre persona, sé muy bien que no pasaré mas allá de mi vida. En algunas islas de la Noruega se desentierran urnas en que se ven grabados caracteres indescifrables. ¿A quien pertenecen aquellas cenizas? No lo saben los vientos.

Mabillon nació el 23 de noviembre de 1632, en Saint Pierre Mont, aldea de la diócesis de Reims, y murió siete años despues que Rancé, el 27 de diciembre de 1707. A la noticia de aquella muerte, dijo Clemente XI «que Mabillon debia ser enterrado en un lugar distinguido, porque sin duda preguntaria la posteridad dónde se habian depositado sus restos: *Ubi posuistis eum?*»

Despues de haber sido conservados en el Museo de los Monumentos franceses, se trasladaron los despojos mortales del sabio, en febrero de 1819, á la abadía de San German de los Prados. Nuestro comun maestro, Mr. Agustin Thierry, ha escrito estas palabras sobre el primer monumento de nuestra monarquía: descubramonos con respeto para entrar en la fúnebre bóveda: «Esta iglesia fue la sepultura de los príncipes merovingios: su pavimento subsiste; y en el recinto del edificio, reconstruido muchas veces, se conserva todavía el polvo de los hijos del conquistador de la Galia. Si algo valen estas relaciones, aumentarán el respeto de nuestra edad á la antigua abadía real, ahora simple parroquia de París, y acaso añadirán una emocion mas á los pensamientos que inspira esta casa de oraciones, consagrada hace mil trescientos años.» En agosto de 1685 se revocó el edicto de Nantes: los ciento cincuenta y ocho artículos habian sido sucesivamente cancelados por leyes. Con este motivo escribia el abad de Rancé: «Es un prodigio lo que ha hecho el rey contra la estirpacion de las herejías; necesitábanse para esto un poder y un celo no menores que los suyos. El templo de Charenton destruido, y ningun ejercicio de religion en el reino, es una especie de milagro que no hubiéramos creído ver en nuestros dias.»

Los tiempos trasformaron á los hombres. La filosofía ha vituperado la revolucion del edicto de Nantes, ensalzada por el siglo XVI. Este edicto establecia la unidad en el Estado: acaso no hallaria hoy Rancé la misma contradiccion á sus doctrinas cuando dice: «Hemos tenido los nuevos regocijos de la derrota de los enemigos del rey (los ingleses). No sé por qué toda la cristiandad no se une para completar la obra, que sería la total destruccion de ese Estado de Satanás.»

Con no menos vivacidad escribia Rancé al presbítero Nicaise: «Lo que me habeis dicho de la molestia de escribir á Londres, es tiempo perdido; hay un artículo sobre el cual los herejes son incorregibles, y es el de la penitencia: no admiten a las que se halla en el matrimonio, en lo cual no andarían tan errados, si el espíritu de penitencia fuese el que los hiciese casarse con una mujer y aceptar su mal humor y los inconvenientes anejos á este estado. No